

“Antinomia cimarrona”

Como el que ahora escribe ejerció el oficio de “reportero” allá por los años en que era joven, siempre se le ha quedado el amor a la hoja diaria. Y al decir la hoja diaria, dice también, ¡quién lo duda! la tinta, el linotipo, la prensa de antes, plana, como la de ahora rotativa; y con todo esto, por la maquillita de escribir, la cuartilla y su descomunal tamaño, que para llenarla, había que exprimir la mollera. Quiero decir, o estoy tratando de decir, que en los que trabajaron en la edad de oro de la juventud en un periódico, amén de poeta, médico y loco, de lo que todo ser tiene un poco, debe agregársele, otra ración de periodista.

No hace muchos meses que la actualidad nacional estuvo plebiscitaria de uno de esos problemas que se crean, por arte de birlibirloque, en el mero útero de la Asamblea Legislativa, y cuyos propósitos tenían como fin, el ajustar ceñidamente a una sabia y permenorizada ley, lo que pomposamente bautizaron, “derecho de respuesta”. Esto equivalía, más o menos, a una ley que obligara, (innecesaria y obviamente) a una norma antigua y cumplida como aseguró uno de los candidatos a la presidencia, de “respetar a las mujeres costarricenses”. Era, como se ve, una albarda de espanto sobre un aparejo descomunal.

Legislar sobre la costumbre, es establecer “apriori” que la costumbre no existe, y ello obliga a imponerla mediante la ley. Tal proceso es la negación de todo lo que calga dentro del campo legal. Equivale a hablar mal de nosotros mismos, lo que en otras palabras, es igual que desacreditarnos gratuita y graciosamente.

Cualquier mortal de los miles que leen periódicos, debió llegar, como el que ahora escribe, a creer de buena, ancha y profunda fe, que debían andar muy mal los periódicos y con ellos, los periodistas que los hacían, cuando era necesario que la Asamblea —cuyas responsabilidades y tareas abarcan un campo ilimitado— dedicara sus horas preciosas a bagatela semejante. Se supuso, pues, que en realidad, había gato encerrado. (Aquí debe recordarse que, a juzgar por muchos antecedentes, los gatos que andan de noche haciéndose el amor por los tejados, son apenas la mitad de la especie, pues la otra mitad está encerrada dentro de los negocios “sanos”, de las actuaciones torcidas, de la actitud de los periódicos y otros menesteres de esta sociedad complicada e industrial en que estamos metidos).

Y tenida cuenta de todo el panorama, se nos comenzó a formar una idea de los periodistas, que por respeto a nuestros lectores creemos preferible no dar a la publicidad.

Pero he aquí que viene a ocurrir lo que ni por “pienso” soñábamos ni habríamos tenido la osadía de admitir en nuestro más imaginativo momento de meditación. El caso es que —aunque Ud. no lo crea— los periodistas de Costa Rica tienen en el exterior una categoría, un respeto y están rodeados de un prestigio de gente seria, que para si quisieran tener muchos funcionarios que, si acaso, los conocen en su propia y auténtica residencia.

Acaba de celebrarse, entre temores y amenazas, una nueva reunión de la “S.I.P.”, siglas que corresponden al nombre de “Sociedad Interamericana de Prensa”, y cuyos móviles fundamentales lo constituyen la lucha por la defensa, salvaguarda y custodia permanente de la libertad de lo escrito, que en palabras más claras y sencillas,



José
María
Cañas

es igual a la libertad de expresión, ya sea escrita, hablada, gritada o vociferada, que hay toda clase de tonos, como en los aparatos electrónicos modernos.

Y en esa reunión, —¡hágame Ud. el favor de amarrarme esa mosca por el rabo!— ha quedado instalado en la presidencia de la susodicha “SIP”, de tamaño internacional, nada menos que un costarricense, el Lic. don Rodrigo Madrigal Nieto, abogado, hombre de empresa, fácil polemista, escritor ajustado y seguro, bajo cuya dirección viene laborando en nuestro medio el periódico “La República”. Y por si fuera poco el honor que tal nombramiento reviste para la patria, los periodistas de toda la América otorgaron un nuevo galardón a la pequeña y discreta república nuestra, llevando a otro compatriota, el Lic. don Guido Fernández, actual director de La Nación, periodista, abogado y economista, a dos puestos de notable relevancia, “Presidente del Comité Jurídico” y “Vice presidente del Centro Técnico”.

A pesar de que de estas batallas y estos honores fuera de las fronteras tenemos aquí la maldita costumbre de creer que son sopas verdes de espinacas, la realidad es que constituyen grandes honores para la modesta y pequeña patria; que sigue gozando del prestigio que nació con los varones de la era institucional, y se mantiene, por milagro de estos gladiadores de la pluma y de las normas estrictas de la honradez periodística, no obstante que dentro de la política doméstica no hacemos otra cosa que andar injuriándonos y maltratándonos unos a los otros en, esa desaforada, bajuna y pachuca pelea por el poder.

Resulta, pues, muy de pensar, que dos costarricenses se coticen a precio tan suntuario en los grandes centros mundiales del continente, y más nos halaga, cuando se nos viene a la memoria que también don Ricardo Castro Beeche, aquel gran señor de templado corazón, de señorío no igualado, de pulso firme y orientación certera para conducir su periódico, fuera también llevado, a su hora, a la alta investidura que ahora nos redobla, el Lic. Madrigal Nieto.

Todo esto nos ha dado mucho que cavilar en la generalidad de las actividades del país. Venimos, desde ya hace su rato largo, tratando de alcanzar a los que, antes discípulos, nos están sonando la badana, a pesar de que seguimos galleando como si no lo pudiera ver cualquiera que tenga dos dedos de frente y debajo, ojos que no sear míopes.

Adormecidos por el dulce arrullo de los “slogns” que se repiten incesantemente desde los tiempos en que el gacetillero era niño, (posiblemente existieron desde mucho antes, pero de eso el autor no puede dar fe notarial pues vivía en el inexistencial y delicioso limbo hasta donde no llega el “mundanal ruido”) no nos hemos dado cuenta de que la expresión de nuestras actividades ha venido sufriendo deterioro. Es verdad que tenemos rascanubes, carreteras de cuatro vías, semáforos construyendo presas gratuitamente, policías motorizados, ministros astronautas, novelas pasionales en la Tele, una Universidad y

más de 7 estadios; pero también es verdad, que pasamos las negras para volver a ocupar el puesto que antes, floja y descuidadamente, nos concedían otros países maravillados de nuestras estructuras, de nuestra paz, de nuestra habilidad deportiva y nuestro clima edénico.

Lo que sí es digno de admiración es que en un campo que no tiene el fervor popular, que no es comida de trompudos ni tesis de plaza pública, el “periodismo”, hayamos conservado intacto el prestigio que tuvimos otrora y lo seguimos teniendo, a juzgar por los resultados que arroja la última reunión, en Chile, de los periodistas de América.

Merece honor todo costarricense cuya actitud en la profesión u oficio que desempeñe, —desde palero hasta Magistrado— lo haga en forma que adquiera valor extramuros. Que intramuros, ya se sabe y por sabido se calla, que nadie es profeta en su tierra.

Aunque nuestro propósito, es, desde luego, y nadie lo duda, vender la mayor cantidad de café y de banano, exportar carne, enviar al exterior el producto de nuestras fábricas, imponer nuestro deporte por lo menos en el radio de acción en el que por posición geográfica estamos ubicados, también lo debe ser, el más alto y honroso, el más difícil y cuestudo como lo es, darle a la patria nombre y respeto en el trajinar intelectual, pues no otra cosa es el periodismo en su más trascendente interpretación. Y al referirnos al “periodismo”, estamos hablando del auténtico periodismo, que no es, precisamente, como lo interpretan algunos en forma y tono menor, el “scoup” (como llaman los franceses), o el “frontpage” como le dicen los norteamericanos, sino el queheer especial con pensamiento, lógica, ética, patriotismo y conocimiento de causa, los grandes problemas del país para orientación del pueblo que lee, como contrapeso de las ideas que proceden, ya sea de abajo como de arrib, y cuya intención y resultado práctico, a veces, no coinciden. Este actuar es en sí, la más alta expresión de la fórmula hegeliana, pues el debate en la hoja escrita significará siempre, en el pasado y en el presente, la posición alertante de los hombres que laboran, irreversiblemente sobre el eje de sí mismos, en bien de la sociedad.

“Periodismo” no constituye un hacer rápido sobre hechos. (El crimen, la declaración del político, la salida del “Apolo”, la captura del contrabandista, pongamos por caso). “Periodismo” es un quehacer de más alta enjundia. Lo constituye, en sí, la larga lucha, pensada y meditada, sobre los grandes valores, los eternos principios, en su aplicación al acontecer diario. Es, por lo tanto y en suma, una batalla por la cultura nacional.

Resumimos: “Periodismo”, no es una aventura de acción. Es, fundamentalmente, una acción al pensamiento.